

## 853-854 OPUSCULUM QUINQUAGESIMUM SEXTUM. DE FLUXA MUNDI GLORIA ET SAECULI DESPECTIONE.

### ARGUMENTO.

Compara a la emperatriz Inés, que entra en Roma no con un aparato soberbio, sino con un atuendo inferior al de una mujer privada, para ver el pesebre de Cristo Señor, con la reina de Saba, que entró magníficamente en el palacio de Salomón. Además, la alaba por despreciar maravillosamente las pompas reales. Luego, con el ejemplo de los reyes romanos y extranjeros, demuestra abiertamente que las dignidades del mundo son efímeras y están sujetas a muchas calamidades. Reprende severamente a aquellos que se glorían en la nobleza y las riquezas, cuando el origen y el fin de todos los mortales es el mismo.

A INÉS, emperatriz coronada con el escudo de la buena voluntad de Dios, PEDRO, monje pecador, servidumbre.

### [DE LA GLORIA EFÍMERA DEL MUNDO Y EL DESPRECIO DEL SIGLO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Comparación de la emperatriz Inés con la reina de Saba.

La reina de Saba vino a Jerusalén para escuchar la sabiduría de Salomón (III Reyes X; II Crónicas IX); la emperatriz Inés fue a Roma para aprender la necedad del Pescador. Pues como dice Pablo: «Porque el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (I Cor. I).» Aquella, como atestigua la Sagrada Historia, entró con gran comitiva y riquezas, camellos que llevaban aromas, y oro en gran abundancia y piedras preciosas; esta, con Hermisinda su cuñada, encendida con no menor fervor del Espíritu Santo, como María Magdalena con la otra María, vienen al sepulcro (Mat. XXVIII; Mar. XVI; Luc. XXIV; Juan XX), no para ungir el cuerpo de Jesús con ungüentos aromáticos, sino para regar sus pies con lágrimas abundantes. No buscan ya al viviente entre los muertos, sino que adorando sostienen las huellas del resucitado. Salomón, carnalmente, desveló a la reina de Saba los nudos de las cuestiones y los misterios de los enigmas; nuestra reina no propuso que se le resolviera nada, sino los lazos de sus pecados. Salomón, que fue figura de Cristo y una especie de imagen o profecía, expresó la persona de nuestro Salvador. De él se dice «que habló tres mil parábolas, y sus cánticos fueron cinco mil;» donde se añade: «que también disertó sobre los árboles, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale del muro, y disertó sobre los animales, las aves, los reptiles y los peces (III Reyes IV).» Todo esto, sin duda, se refiere a nuestro Redentor, quien se ocupa de tratar estas cosas con diligente consideración. Él, sin duda, habló tres mil parábolas, quien, al disertar casi todo bajo el velo, tanto los hechos místicos de los Padres precedentes, como los oráculos alegóricos de los profetas, o incluso los documentos del resplandeciente Evangelio, como si numerara tres mil parábolas en sus palabras. Por eso en el Evangelio Mateo dice: «Todo esto habló Jesús en parábolas a las multitudes, y sin parábolas no les hablaba (Mat. XV).» Sus cánticos también son cinco mil, porque el coro de vírgenes, que se describe bajo el número cinco, ante su trono, como dice Juan en el Apocalipsis (Apoc. XI), modula continuamente un cántico nuevo; o porque son cinco las llagas del cuerpo del Señor, por las cuales se proclama su victoria triunfal en todo el mundo, se cuentan los cánticos bajo el mismo número, bajo el cual se tienen también las llagas, por las cuales se merece la gloria de la alabanza eterna de una victoria singular. Por eso, cuando en los Cánticos se dice: «Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en las hendiduras de la roca, y en la caverna del muro;» se añade de inmediato: «Muéstrame tu rostro, que suene tu

voz en mis oídos, porque tu voz es dulce (Cant. II).» Ciertamente, porque no tratamos esto con exactitud, sino que lo recorremos rápida y brevemente, basta decir que, siendo la roca Cristo, las hendiduras de la roca son sin duda las cicatrices del cuerpo del Señor. Pero cuando después de las hendiduras de esta roca se ordena que la dulce voz de la esposa suene en los oídos del esposo; ¿qué otra cosa se sugiere a cualquier alma piadosa o a la santa Iglesia universal, sino que devuelva cánticos de alabanzas bajo el mismo número de cinco llagas, cuántas llagas no ignora que fueron recibidas por ella; y que dedique todos los sentidos de su cuerpo a aquel que ve herido por tantas llagas por ella? Las cinco llagas de nuestros sentidos, sin duda, han sido sanadas por esas cinco cicatrices del cuerpo del Señor. Pero lo que se dice que Salomón disertó sobre los árboles, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale del muro, aquí necesariamente se remite a la interpretación espiritual, ya que de ninguna manera puede sostenerse la superficie de las letras. Pues el hisopo no se ve salir de los muros, sino que se observa germinar de las montañas rocosas. Por lo tanto, nuestro muro es la misma condición de nuestra mortalidad, que nos separa de la contemplación del Creador, como un obstáculo de una casa oculta, y nos obliga a declinar hacia lo bajo. «Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX).» De este muro, por tanto, sale el hisopo, porque de la fragilidad de nuestra mortalidad brota lo que siempre es necesario cortar con el hierro de la penitencia. Con el hisopo, sin duda, se purifican las entrañas, por lo que no incongruentemente se designa la confesión de los pecados.

## CAPÍTULO II. Comparación de la sabiduría de Cristo y Salomón.

Nuestro Salomón, por tanto, disertó sobre los árboles, es decir, sobre los hombres enraizados dentro de los bosques de la Iglesia floreciente, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale del muro, es decir, desde los mismos santos eminentes, resplandecientes en justicia, hasta los pecadores y caídos, y finalmente convertidos a los lamentos de la penitencia. De aquí que sigue: «Disertó también sobre los animales,» es decir, los ayudantes de los santos, hombres católicos, «y sobre las aves,» hombres sin duda suspendidos por santos deseos hacia lo alto; «y sobre los reptiles y los peces,» es decir, sobre aquellos que arrastran el pecho de la concupiscencia por la tierra, y los que vagan por las corrientes de los negocios seculares. Se dice también que la sabiduría de Salomón precedía a la sabiduría de todos los orientales y egipcios, porque sin duda nuestro Redentor supera el entendimiento de ángeles y hombres. Aquel tenía cuarenta mil establos de caballos de carros y doce mil de caballería. ¿Qué se prepara por el número cuatro, sino la cuadriga de los evangelistas? ¿Y qué se expresa por el número doce, sino el senado de los apóstoles? Por la doctrina evangélica y apostólica, el Señor es llevado por toda la extensión del orbe. «Porque los carros de Dios son diez mil veces múltiples, millares de los que se alegran, el Señor en ellos, en Sinaí en el santo (Sal. LXVII).» Pues porque Sinaí se interpreta como mandato, es evidente que el Señor es llevado solo en aquellos donde se observa el mandato celestial.

Sin embargo, es de notar que así como el reino de David, que fue oprimido por tantas presiones, designa al Señor aún trabajando en el estadio de la vida mortal, así la incomparable gloria de este Salomón prefigura al mismo Señor reinando después del fin del mundo en la majestad de la cumbre paterna. Por eso allí se dice que no había plata, ni se consideraba de ningún valor en los días de Salomón. Lo cual, sin duda, ¿cómo se sostendrá según la letra, para que se pueda creer que en el tiempo de Salomón la plata o bien no existía en absoluto, y por lo tanto fue completamente eliminada de la tierra, o no tenía ningún valor, ni siquiera el más mínimo? Pues si no tenía valor, como se dice, entonces mil talentos de plata no podrían contarse ni siquiera por el peso de una oveja. Lo cual, ciertamente, creerlo, ¿cuán frívolo, cuán inepto parecería, lo refuta el mismo texto, y el orden de las palabras, que después de

afirmar: «No había plata, ni se consideraba de ningún valor en los días de Salomón;» de inmediato añade: «porque la flota del rey por el mar con la flota de Hiram iba una vez cada tres años a Tarsis, trayendo de allí oro y plata (III Reyes X).» ¿Por qué, entonces, esa flota llevaría este metal a través de tantos peligros marinos, si no tuviera ningún valor? Y poco después se dice que «se le ofrecían vasos de oro y plata (Ibid.).» Luego se añade que «salía un carro de Egipto por seiscientos siclos de plata, y caballos por ciento cincuenta (III Reyes X).» Por lo tanto, la plata no carecía de valor, con la que se compraban los vehículos de los caballos. Pero la plata designa la claridad de la predicación eclesiástica, de la cual se dice: «Las palabras del Señor, palabras puras, plata (Sal. XI).» Esta plata de la santa predicación, no la consideraremos de ningún valor, ni de ninguna manera seremos necesitados de ella, después de que hayamos sido trasladados de esta calamidad al reino del verdadero Salomón. Pues no necesitaremos entonces el discurso de la predicación, donde se nos da ver al rey de la gloria cara a cara en su esplendor, a quien ciertamente acostumbramos escuchar de la boca del predicador. Como el Señor promete por el profeta, diciendo: «Nadie dirá: Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el mayor hasta el menor, dice el Señor (Jer. XI).»

### CAPÍTULO III. Resuelve una objeción.

Pero tal vez alguien afirme que forzamos las palabras de la Escritura a nuestro entendimiento; y que lo que Salomón parece afirmar de sí mismo, lo atribuye especialmente en todo al Salvador. Que diga, pues, el defensor de esta objeción, ¿cómo puede corresponder a Salomón lo que parece decir de sí mismo: «Porque Dios me ha dado el conocimiento verdadero de las cosas que son, para que sepa la disposición del orbe de la tierra y las virtudes de los elementos, el principio y el fin y la mitad de los tiempos, las permutaciones de las vicisitudes y los cambios de los hombres, el curso del año y las disposiciones de las estrellas, las naturalezas de los animales y las iras de las bestias, la fuerza de los vientos y los pensamientos de los hombres, y todo lo que está oculto e imprevisto lo he aprendido (Sab. I).» Pues, para no hablar de las demás cosas por ahora, ¿cómo pudo conocer los pensamientos de los hombres, cuando él mismo dice a Dios en otro lugar: «Tú solo conoces los corazones de todos los hijos de los hombres?» (III Reyes II.) Pero ¿quién aprendió todas las cosas ocultas e imprevistas, sino nuestro Redentor, en cuyo pecho están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento? (Col. II.) Quien, de hecho, por la humanidad aprendió lo que por la divinidad naturalmente conocía.

A este Salomón, por tanto, tú, oh reina, viniste recientemente, no como aquella de los sabeos, en carros, caballos y elefantes, sino más bien en lágrimas, gemidos y lamentos. Tú, por tanto, eres verdaderamente la reina de Saba. Saba, en efecto, se interpreta como humilde, o campestre. Y bien campestre. Descendiste al campo de batalla, para que mano a mano te enfrentes; y estando en los campamentos de Cristo, no luches débilmente con el enemigo. Viniste, digo, no para que te resolviera los misterios enigmáticos; sino para que por el ministerio de su simple portero te abriera la entrada al reino celestial. Viniste humilde al humilde, pobre al pobre; y como con pastores adornados e incultos de rebaños viniste a adorar al niño llorando en el pesebre (Luc. II). Ver entonces a ti, y lo que te rodea, era un espectáculo muy admirable, y un ejemplo edificante del Salvador. La vestimenta era oscura y de lana. Aquel en quien montabas, no diré caballo, sino más bien burro, o burrito, apenas excedía la medida de un asno sedentario. Habías cambiado la corona por un velo, la púrpura por un saco, y las manos que solían llevar el cetro como una columna, ya estaban acostumbradas a portar el salterio. En verdad, porque «toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV):» aquel adorno de gemas florecientes, y el esplendor de las vestiduras doradas, ya habían migrado al interior, y en la mirada del observador oculto resplandecía la belleza interior de la esposa. A quien el esposo dice: «Toda eres hermosa, amiga mía, y no

hay mancha en ti (Cant. IV).» Y de nuevo: «Eres hermosa, amiga mía, dulce y decorosa (Cant. VI).» Aquella delicada cerviz, de la cual colgaba una diadema con adornos de oro y perlas resplandecientes, ahora la orilla de la vestidura de lana la irrita. Por eso los ministros de aquel esposo celestial te halagan y dicen: «Te haremos diademas de oro tachonadas de plata (Cant. I).» Y el esposo aún: «Serás coronada, dice, desde la cima de Amana, desde la cumbre de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos (Cant. IV).» Amana, en efecto, se dice que es un monte de Cilicia, que también muchos llaman Taurus. Sanir y Hermón son montes de la tierra de Judá, en los cuales se cree que habitan leones y leopardos.

CAPÍTULO IV. Que por los buenos ejemplos se nos acumula la corona de gloria.

Por estos montes, por tanto, se deben entender los reyes y príncipes y las diversas potestades de este mundo, que como montes se elevan en la cumbre de la soberbia, y ofrecen morada a los espíritus malignos como leopardos y leones. De estos montes, por tanto, serás coronada, porque cuantos más príncipes y poderosos del mundo se convierten a Dios por tu ejemplo, por todos ellos se te acumulará la recompensa de la gloria eterna; serás también no solo coronada, sino tú misma corona, atestiguando el profeta, que dice: «Y serás corona de gloria en la mano del Señor, y diadema de reino en la mano de tu Dios (Isa. LXI).»

Perdiste, reina, a un esposo después del cual te negaste a volver a los tálamos, o a aceptar el pacto de cualquier pretendiente, a menos que superara en dignidad de gloria al esposo anterior. ¿Qué, pues, harías? Aquel esposo tuyo fue emperador, ocupó la cumbre de la dignidad real, y lo que es singular en los hombres, administró la monarquía del imperio romano. Porque, por tanto, en la cima de tal altura preeminente, no se pudo encontrar a nadie superior en el género humano. Por lo tanto, lo que no podías encontrar en la tierra un esposo adecuado y que agradara a tus ojos, te lanzaste violentamente a los abrazos del esposo celestial. Violentamente, digo: «Porque el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mat. XI).» Oh bendita soberbia, oh bendita elevación de mente, y digna de todos los elogios, que al despreciar las leyes del tálamo carnal, pasó gloriosamente al dote del rey eterno. El esposo carnal, ciertamente, corrompe los secretos de la virginidad, pero aquel esposo celestial incluso a las que se le asocian violadas, las reforma sin dificultad en el decoro virginal, para que dejen las manchas del sórdido contrato, y como arbustos antes secos, reverdezcan en la gracia del decoro primitivo. Además, cuando una mujer se va a casar con un esposo carnal, se adorna, y de inmediato se reúne dinero por todas partes entre los parientes y conocidos, y todo lo que se puede adquirir, se llena en sacos o cofres sellados, para que cuanto más cargada se apresure hacia el esposo y más gloriosa aparezca, él se inflame más en su amor. Tú, en cambio, para contraer los lazos nupciales con el esposo celestial, prodigas la acumulación del tesoro real, dispersas las cosas resplandecientes con oro o plata y perlas; tus tapices de púrpura, o más bien dorados, se cuelgan en los techos de los templos, los ornamentos reales sirven a los altares sagrados. No se escatima en nada, y esto solo no se confiere a los necesitados, o a las Iglesias, que se encuentra fuera del peculio de tu jurisdicción; lo arrojas todo, lo dilapidas todo, para que llegues completamente descargada, o más bien desnuda, a los abrazos del esposo celestial.

CAPÍTULO V. Cuánto valen los buenos ejemplos de grandes hombres y mujeres.

Estas cosas, sin embargo, no las expongo por ti, venerable emperatriz, a quien más bien temo ofender con estas palabras, sino más bien para que, mientras se revela de alguna manera el insigne de tu virtud, se procure no poca edificación a los lectores. Pues donde tanta sublimidad por amor a su Creador se abaja hasta el pavimento, ¿qué cerviz de soberbia no se

inclinará de inmediato desde la tensión erguida de su rigor? ¿Qué hinchazón de cualquier mente altiva no se desinflará de inmediato, cuando vea a una princesa de tanta gloria ahora como un despreciable siervo? ¿Quién, además, temerá la escasez de las cosas pasajeras, cuando vea la pobreza voluntaria en esa mujer, a quien ciertamente poco antes había visto gobernando tantos reinos? ¿O quién temerá la injuria de un atuendo inculto, cuando considera que una majestad real ha preferido una tela vil al tejido dorado y a las pompas reales?

Veni a la mesa y a la famélica, por así decirlo, abundancia de manjares opulentos. ¿Qué es, pregunto, pasar ante ti una pila de platos y banquetes de carnes resplandecientes por las mesas, y no degustar siquiera un poco de la grasa de las carnes? ¿Tocar con las manos los manjares y no saborearlos en la boca? ¿O incluso lamer con temor el mismo pan o cualquier alimento de preparación más sencilla? De lo cual a menudo te has quejado conmigo, que no puedes contener el deseo de comer hasta el punto de que, de lo que veías servido, no te permitías a ti misma algo en exceso en algún momento. De ahí las lágrimas frecuentes, de ahí los gemidos, de ahí también los profundos suspiros. Lamentabas, en efecto, que por más cautela disciplinaria, por más insistencia de cualquier restricción, no podías superar completamente la naturaleza. Pero, como tal vez no callé entonces, tu ayuno, reina, es múltiple. Nosotros a veces ayunamos de alimentos, pero tú ayunas de púrpura, ayunas de la corona y de tantas y tan magníficas pompas de la gloria imperial. Abstenerse de estas cosas, no sin razón, se llama ayuno, ya que cada mente carnal se deleita en ellas. Pues si el agua simple derramada por David, según el testimonio de la Escritura, se convierte en sacrificio (II Sam. XXI); ¿cuánta gloria ante Dios merece el desprecio de tantas cosas y honores? ¡Oh, cuán grave es, y cuán loable la abstinencia, que una joven acostumbrada a ayunar del abrazo viril! ¿Acaso no es también este un grave ayuno, que tú, que solías elevar a unos al pináculo de los honores, y privar insolentemente a otros de dignidad, ahora, contenta con los retiros domésticos, huyes de la vista de los hombres, y persistes en la oración y la modulación diligente del salmo? Pues porque fuiste en otro tiempo Susana con tu esposo (Dan. XIII), con razón ahora te has convertido en Ana después de tu esposo (I Sam. I); y porque entonces guardaste inmaculadamente la castidad conyugal, ahora, como la hija de Fanuel, que se dice templo de Dios, perseveras continuamente en la iglesia (Luc. II). De ahí que me preguntaste a través del venerable Rainaldo, obispo de Cuma, si era lícito para un hombre, en medio del deber natural, rumiar algo de los salmos. A lo cual respondí, según lo que en ese momento se me ocurrió, que Dios Todopoderoso visitó al santo Job en el estercolero (Job XVIII, y siguientes), y la bienaventurada mártir Inés, de quien eres homónima, encontró en lugares sucios y deshonorosos de burdeles tanto un ángel como una vestidura angélica. Pues el Apóstol nos manda orar en todo lugar, cuando dice: «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras sin ira ni contienda» (I Tim. II), aunque estas cosas deben ser más bien meditadas en el corazón que explicadas con palabras. Esto lo digo, aunque sea digno de silencio y no deba divulgarse por las bocas de muchos, para que quede claro a los lectores cuán grande es el ardor del amor divino que arde en tu santo pecho, de modo que no consientes callar ni por un breve momento las alabanzas divinas. ¿Qué dirán a esto aquellos que hacen de la iglesia no un oratorio sino un locutorio, y no un oráculo, sino un conciliábulo, y por ello mezclan en ella palabras seculares, cuando se sabe que fue construida precisamente para que en ella se esté libre de la acción de negocios seculares?

Pero para que aquellos que acuden a los umbrales de los apóstoles imiten saludablemente el ejemplo de tu santa devoción, me hiciste sentar bajo el secreto de la confesión de San Pedro ante el altar sagrado, y a través de gemidos lúgubres y amargos suspiros comenzaste desde la tierna infancia de cinco años, y recién destetada, y como si el mismo Santo Apóstol presidiera corporalmente allí, todo lo que pudiera titilar en las entrañas de tu humanidad, todo lo vano

en tus pensamientos, todo lo que pudiera deslizarse en palabras superfluas, fue revelado a través de relatos fieles. A lo cual me pareció que no debía imponer otro peso de penitencia al confesante, sino que repitiera el elogio de la divina legación: Haz lo que haces; obra lo que obras. O aquello que se envía a los de Tiatira por el ángel: «No os impondré otra carga; solo retened lo que tenéis» (Apoc. II). Pues, con Dios como testigo, no impuse ni un solo día de ayuno, ni de cualquier aflicción, sino que solo ordené que perseveraras en las obras santas comenzadas.

#### CAPÍTULO VI. Con qué pureza de ánimo deben venerarse las reliquias de los santos.

Y ojalá que de algunos homicidas, o de los culpables de diversos crímenes, esos gemidos, esos llantos irrumpieran en la confesión, así el espíritu de una mente que se consume y está atravesada por un dolor agudísimo rugiera, así los pechos con mala conciencia sollozaran, como allí se lamentaban ya sea las fantasías vanas de los pensamientos, o las nimiedades de cualquier ligereza pueril. Que sean provocados por este ejemplo, aquellos que se apresuran con piadosa devoción a los venerables cuerpos de los santos. Allí, pues, que vomiten las enfermedades de su propia culpa, como humores nocivos y enfermedades, aquellos que, a través de los esfuerzos de una confesión pura, tomen el antídoto de la penitencia saludable. Allí establezcan el bautismo de penitencia, en el cual, sumergidos por el juicio del oficio sacerdotal, dejen las vestiduras del hombre viejo y vivan ya como nuevos de los viejos. Pero tú, mi señora, pues no dudo que eres la esposa de mi Redentor, no me avergüenzo en absoluto de llamarte mi señora, señora, digo, mía, fija el pie en la raíz de la perseverancia, y en el amor de aquel a quien diariamente transmites todo a través de las manos de los sacerdotes y los pobres, inflámate profundamente, para que te corresponda justamente lo que se prescribe en la ley, a saber, que quien amara a una mujer capturada en la guerra y quisiera tomarla por esposa, primero le rapara la cabeza, le cortara las uñas, y le quitara el vestido en el que fue capturada (Deut. XXI); y así, saltando según la costumbre a la libertad de una israelita, se uniera a ella en matrimonio legítimamente. Ya, pues, tus uñas han comenzado a ser cortadas junto con tu cabello; ya el vestido con el que estabas cubierta, ha comenzado a ser quitado: porque todo lo que en los ornamentos de tu culto es hermoso, todo lo que en tus riquezas es precioso, se ve que te rodea o adorna exteriormente, diariamente se destina a obras de piedad. Resta, pues, llegar ya a la dulzura íntima de tu esposo, y a esa suavísima unidad del espíritu confederado: «El que se une al Señor, un espíritu es con él» (I Cor. VI), es decir, que el sabor del amor divino fluya en tus entrañas, que esa llama de intimidad de suavidad encienda los secretos de tu pecho, que el mundo miserable y cualquier mente carnal ignoran, para que exclames ardientemente aquello del Cantar de los Cantares: «La garganta de mi amado es dulcísima, y todo él es deseable» (Cant. V), y él te responda con gratitud: «Tus labios, esposa, son un panal que destila; miel y leche hay debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos es como el olor del incienso» (Cant. IV). No te turbes si alguna adversidad te golpea, pues sucede para que ese interno dispensador te atraiga a esta dulzura. Pues también una madre, cuando quiere destetar a su hijo, a veces aplica hiel a sus pechos, para que, al rechazar lo que le horroriza, se vea obligado a trasladarse al alimento que lo fortalece. También el pueblo israelita es permitido ser golpeado y lacerado por el rey de Egipto (Exod. V), para que se vea incitado a apresurarse más rápidamente hacia los campos de la promesa.

#### CAPÍTULO VII. Ejemplos de reyes y duques que perdieron la felicidad del mundo con un final muy infeliz.

Pero para que guarde silencio sobre ti, que con justa reciprocidad odias al mundo y ya lo rechazas con aversión, ¿acaso no se convierte rápidamente en amargura para los mismos reyes, a quienes este mundo ama y a quienes engañosamente halaga, que hoy, quien lleva las

insignias de la victoria sobre los enemigos, precede con la pompa de la gloria triunfal, y mañana, volviendo ignominiosamente la espalda, es atravesado por la espada enemiga? Baltasar, en efecto, el mismo día en que, ya ebrio, se atrevió a profanar con los labios de sus concubinas los vasos del templo del Señor, cayó bajo las espadas de los medos, con Darío obteniendo la victoria (Dan. V). Galba, emperador romano, gobernó solo cuatro meses, y fue asesinado con una espada en el foro de Roma. No menciono a Nerón, paso por alto a Otón, a quienes las historias de la república romana atestiguan que se suicidaron. ¿No fue Vitellio asesinado por los generales de Vespasiano? ¿No fue también Pertinax asesinado por los soldados pretorianos? Macrino, Antonino, Alejandro, Filipo, Galieno, ¿no todos estos emperadores sufrieron las espadas del ímpetu militar? Además, Domiciano fue asesinado por la conspiración de los suyos. Probo [Carus], mientras tenía su campamento sobre el Tigris, fue repentinamente asesinado por un rayo celestial. Pero quien quiera saber más, que recorra las historias de la antigüedad romana, y allí verá claramente cuán pocos príncipes de la república murieron de muerte natural. Pues tanto Gordiano, como Filipo, Decio, Galo, Volusiano, Galieno, Quinctilio, Aureliano, Numeriano, Licinio, Constante, Constantino el Joven, Juliano el Apóstata, Valente, Graciano, Valentiniano el Joven, Juan, Valentiniano el Tercero, Mayoriano, Antemio, Nepote, todos estos gobernantes del imperio romano, ¿no fueron asesinados ya sea por la traición de los suyos en la ociosidad, o perecieron asesinados por espadas enemigas en el campo de batalla? Pero, ¿qué les aprovechó a algunos que su vida se prolongara más en este mundo? Pues, para pasar por alto innumerables ejemplos, el emperador Valeriano en Mesopotamia libró una batalla con Sapor, rey de los persas, y la perdió; a quien aquel inmediatamente capturó y sometió a cadenas de custodia irrevocable; quien, como relata la historia, envejeció en ignominiosa servidumbre entre los partos; y mientras vivió, fue sometido a esta vergonzosa pena, de modo que el rey de esa provincia, al inclinarlo, le ponía el pie en el cuello y así, hinchado de arrogancia, montaba a caballo. ¿Quién es, pues, a quien la fortuna no se vuelve, y de adversidades a prosperidades, y de prosperidades a adversidades, se convierte con la variedad escénica? ¿Cuánta gloria, cuánta aprobación de los suyos sonrió a Aníbal, cuando en Cannas derribó a Paulo Emilio con tantas legiones de soldados romanos? cuando finalmente envió a Cartago tres modios de anillos de oro, que había quitado de las manos de los caballeros romanos, senadores y soldados. También sometió a muchas ciudades de Italia, de modo que ya los ciudadanos romanos decidieron abandonar Italia, y desesperaron completamente del estado del imperio en decadencia. Pero, ¿cómo se volvió este éxito en su contra, cuando su hermano Magón fue capturado por Escipión en Cartago de Hispania, la cabeza de su otro hermano Asdrúbal fue cortada con una espada y arrojada ante el campamento del mismo Aníbal, y él mismo, después de un peligro ineludible de fuga, se vio obligado por la necesidad inminente a suicidarse con veneno? ¿Cómo se volvió en contra también la fortuna de aquel ilustre Pompeyo, quien después de tantos triunfos y claras victorias, que logró en diversas partes del mundo, después de haber superado a veintidós reyes solo en el clima oriental, cayó asesinado por la espada vil de Aquiles? También César, a quien el mundo occidental entero no podía saciar en su deseo de victoria, a quien, como un obstáculo de contradicción, por así decirlo, el Océano importuno y arrogante se oponía, cuyas bocas ardientes no llenaban las matanzas innumerables de naciones, sufrió las espadas senatoriales dentro del senado, por las cuales fue apuñalado con veintidós heridas y murió.

#### CAPÍTULO VIII. Ejemplos de mujeres, cuyas alegrías la muerte ocupó.

¿Acaso las mujeres se encuentran inmunes a este giro rotatorio de la decepción mundana? Cleopatra, en efecto, gobernaba magníficamente todo Egipto, que se dice que incluía cien mil villas. A esto se sumó que Antonio, quien gobernaba al mismo tiempo Oriente y Asia,

despreciando a la hermana de Octaviano Augusto con repudio, la tomó en matrimonio con infaustos auspicios. Pero, ¿a qué fin llegaron tan gloriosos y magníficos cónyuges? Antonio, ciertamente, derrotado por Augusto en la batalla naval de Actium, huyó a Egipto, y allí, desesperado, se suicidó deliberadamente. Pero también Cleopatra, posteriormente, obligada por una necesidad no disímil, se arrojó voluntariamente al sepulcro precioso de su esposo, y aplicando una serpiente a sus pechos, mientras aquella succionaba la sangre, y esta absorbía el veneno, expiró. También Semíramis, después de la muerte de su esposo, cuántas matanzas causó, cuántos reinos se sometió, y en qué fin finalmente pereció, lo atestiguan claramente los anales antiguos. Entonces, si la engañosa felicidad de este mundo está sujeta a tantas calamidades del mundo, si el poder temporal está sujeto a tantos cambios, y el orden de las cosas se confunde como con la alternancia de una vertiginosa escena, ¿quién de mente sana no apartará su ánimo de cosas tan frívolas y fugaces? Pues, para no pasar por alto lo que te es más conocido, con cuánta gloria el papa Víctor, y tu esposo el emperador Enrique, ambos hombres de santa memoria, estaban entonces tanto en la flor de la edad como en la dignidad, cuando la luna, iluminando la tierra con un resplandor serenísimo, sufrió un eclipse, y de repente se desvaneció, y el espejo de su esplendor rutilante se transformó en una ignoble, no diré palidez, sino oscuridad. Lo cual, como se hizo evidente en breve, no significó otra cosa que la cercana muerte de ambos príncipes. Pues en ese mismo año ambos murieron. Pero lo que después, hace casi dos años, la luna se convirtió en sangre, porque la sangre significa pecados: «Líbrame, dice David, de las sangres, Dios» (Sal. X), en cuanto a mí me parece, no significó otra cosa que la santa Iglesia, que iba a ser ensangrentada por el crimen de Cadalo. Pues Cadalo, mil veces anatematizado, mientras esparce infinitas sumas de dinero entre los pueblos para adquirir venalmente la Iglesia Romana, convierte los corazones de los hombres a la apariencia de metal, como en sangre. Y así, mientras los hombres pestilentes no dejan de tener el rubor de este metal, el esplendor de la Iglesia se convierte de algún modo en sangre. Pues el corazón que desea asume ante los ojos de Dios su apariencia. Pero esto en otro momento.

#### CAPÍTULO IX. Que el principio y el fin de todos los mortales es el mismo.

Para volver, pues, a lo de donde me desvié, todos los hombres, ya sean poderosos, ya sean pobres, comparten la misma origen, y no tienen un fin diferente. Entre estos dos límites hay una cierta diversidad de vida, de modo que algunos se glorían de ser notables, otros se lamentan de ser indigentes. Pero esta variedad de la vida humana se concluye con la brevedad momentánea de los tiempos, para que los altivos no se alegren por mucho tiempo de su prosperidad, y los sin gloria escapen rápidamente de la incomodidad de su deyección. ¿Cuál es, pues, nuestro principio y cuál es el fin, que, como se ha dicho, no podemos variar; sino que todos los mortales poseemos esto indiferentemente en común? Pero escucha al hombre sabio en el libro de la Sabiduría diciendo: «Soy también un hombre mortal, semejante a los demás hombres, y de la raza terrena de aquel que fue hecho primero, y en el vientre de mi madre fui formado carne, coagulándome en sangre durante el tiempo de diez meses, de la semilla del hombre, y del deleite del sueño conveniente, y yo nacido recibí el aire común, y caí en la tierra igualmente hecha, y emití la primera voz semejante a todos llorando, fui nutrido en envolturas y con grandes cuidados» (Sab. VII). Pues ningún rey tuvo otro principio de nacimiento. Donde también se añade de inmediato: «Por tanto, hay una sola entrada para todos a la vida, y una salida similar» (Ibid.). Si, pues, se considera diligentemente que hay una sola entrada a la vida y una salida similar, es necesario que esa variedad que se mueve en medio, sea despreciada como la vanidad volátil de un sueño fugaz. También esto que se ha dicho antes: «Durante el tiempo de diez meses me coagulo en sangre, de la semilla del hombre, y del deleite del sueño conveniente;» si no es molesto advertirlo vigilante, ¿qué

mente al escuchar esto puede enorgullecerse con la arrogancia de la soberbia? ¿Y quién no se ve obligado de inmediato a conocerse a sí mismo como putrefacción, al considerar la fealdad tan obscena de su origen? diciéndose a sí mismo: «¿Por qué te enorgulleces, tierra y ceniza? (Ecli. X).» Lo que también después de tu muerte, será primero gusano, luego polvo. Que, pues, la soberbia del corazón altivo se avergüence, y quien se considera a sí mismo constreñido por la ley común de la naturaleza entre el nacimiento y la muerte, deje de jactarse de la singularidad de la gloria más elevada.

#### CAPÍTULO X. Exhorta a la perseverancia.

Pero tú, venerable señora, que has ascendido desde el lodo de la soberbia terrena a la cima sublime de la verdadera humildad, persiste así constantemente en su cima; así en la tierra de los vivientes, que has ingresado una vez por la esperanza, fija el pie de la perseverancia inmóvilmente, para que no te plazca desviarte más al resbaladizo camino secular. Pues tú, que fuiste en otro tiempo esposa del emperador terrenal, ahora por la dote de la santa profesión te has convertido en esposa del Redentor. Así, pues, sométete a él en la verdadera humildad del corazón, así únete a él con el pegamento de la ferviente caridad, para que con la mística esposa puedas cantar con voz congruente: «He encontrado a quien ama mi alma, lo he retenido, y no lo dejaré» (Cant. I); y aquello: «Mi amado morará entre mis pechos» (Ibid.). Para que, ya que el corazón del hombre se oculta entre los pechos, el amor continuo de tu esposo no se aleje de las entrañas de tu corazón; y a quien ahora tu santa alma se une en amor, no sea arrancada de los abrazos de su dulzura, para que se cumpla solemnemente en ti la profecía de Isaías: «Se regocijará el esposo sobre la esposa, y se regocijará sobre ti tu Dios» (Isa. LXII).

Bendito sea el nombre del Señor.